

EL NIÑO MAGNÉTICO

¡Este chicle del sol! Se me pegó en la ropa.
¡Socorro!
Los árboles se inclinan hacia mí.
Se ha quebrado de pronto la vajilla.
El techo va a ceder y por él entrarán los siete océanos.
Estoy tan asustado después de la comida
que me escondo debajo de la mesa,
pero todo es inútil.
Oigo ya los tambores, cercando la ciudad.
Dicen que hasta los zares me rodean.
Todos vienen a mí.
¿Por qué? Yo no hice nada.
Solamente callé, me tendí en el silencio,
vi las gotas de lluvia, resbalando muy gruesas sobre el gran ventanal
como las pescaderas en un día de nieve.
Puede ser que flotara, no lo sé.
Yo sentí mi vacío
en el centro del pecho y todas las veletas
señalaron de pronto hacia el botón
medio caído de mi camisa.
Tengo miedo del mundo
que ha empezado a girar alrededor
de mis ojos polares.
Asia entera me entró por la nariz
y no pude hacer nada.
Que me encierre el pastor en su obispado
de paredes desnudas y amarillas vidrieras:
hace tiempo que Roma está en mi oído.
Llevadme si queréis en un arcón
a ver a los judíos que viven entre autómatas.
No servirá de nada.
A veces pienso, y se hace tarde,
si algún día saldrá todo de mí,
si un día volverán a su sitio las cosas.
Y entonces me imagino con los ojos cerrados,
soplado desde el fondo de los huesos,
soplado desde atrás.
Pero apenas encuentro un consuelo en creer
que respiro por fin.
Intento hablar entonces y otra vez es inútil
porque todos los pájaros
se estrellan en mi frente
y el pie de Dios ha entrado ya en el maelstrom.